INTRODUCCIÓN

Cuando Europa cantaba

Hay instituciones cuya importancia sólo se comprende cuando han dejado de ocupar el lugar central que tuvieron en una civilización. La ópera es una de ellas. Hoy acudimos a un teatro de ópera con la conciencia de entrar en un espacio consagrado al patrimonio. Esperamos escuchar a Mozart, Rossini, Verdi, Wagner o Puccini del mismo modo que quien visita un museo espera encontrarse con Velázquez, Rembrandt o Miguel Ángel. Nos parece natural que la ópera pertenezca al pasado, que sus grandes obras hayan adquirido la condición de clásicos y que su misión principal consista en conservar y transmitir un legado artístico excepcional. Pero durante más de tres siglos no fue así.

La ópera no nació para preservar la memoria de Europa, sino para expresar su presente. Fue el espectáculo en el que una sociedad se explicó y se contempló a sí misma mientras se transformaba. Sus escenarios acogieron las aspiraciones de las cortes renacentistas, la consolidación de las monarquías absolutas, el triunfo de la Ilustración, el nacimiento de la opinión pública, la construcción de las naciones, el ascenso de la burguesía y las tensiones de la modernidad. Pocas manifestaciones artísticas acompañaron durante tanto tiempo y con tanta intensidad la evolución política, social, económica y emocional de la civilización europea entre los siglos XVII y XX.

La historia de la ópera suele contarse como la evolución de un género musical. Es la historia de compositores, estilos, escuelas y obras maestras. Esa historia es indispensable y ha sido escrita con admirable rigor por generaciones de musicólogos. Sin embargo, deja abierta una pregunta previa, quizá la más importante de todas: ¿por qué precisamente la ópera? ¿Por qué fue este espectáculo, y no otro, el que llegó a convertirse durante más de tres siglos en el gran espacio de representación de la cultura europea? ¿Por qué una forma artística nacida en el ambiente restringido de unas cortes italianas terminó ocupando el centro de la vida cultural del continente?

Responder a esas preguntas obliga a cambiar el punto de vista y a considerar que la ópera no fue solo una mera forma de hacer música ni un nuevo tipo de teatro. Nació porque una nueva concepción del ser humano necesitaba una forma distinta de representar la relación entre la palabra, la música y la emoción. El humanismo había devuelto a la Antigüedad clásica el prestigio intelectual que había perdido durante siglos; la retórica había recuperado la convicción de que la palabra debía persuadir y conmover; las cortes renacentistas habían descubierto que el poder también se ejercía mediante imágenes, ceremonias y espectáculos. Europa, en definitiva, estaba aprendiendo a definirse y representarse a sí misma, pero faltaba todavía un lenguaje capaz de reunir todas esas aspiraciones. La ópera fue la respuesta.

La Europa moderna necesitaba una institución capaz de integrar aquello que hasta entonces permanecía disperso: poesía, música, arquitectura, pintura, escenografía, danza, ingeniería, ceremonia y emoción. La gran novedad no consistió tan solo en unir varias artes, sino en convertirlas en una experiencia compartida cuyo objetivo era conmover.

Por eso la ópera llegó a ser mucho más que un género musical. Fue, como decimos, la gran institución donde Europa aprendió a representarse, a escucharse y, sobre todo, a sentir colectivamente. En torno a un escenario convergieron compositores y poetas, arquitectos y pintores, empresarios y mecenas, ingenieros y artesanos, príncipes y burgueses, diplomáticos y ciudadanos. En sus teatros se negociaban formas de poder, se ensayaban identidades nacionales, se difundían modelos sentimentales, se experimentaban innovaciones técnicas y se construían imaginarios compartidos. Quizás la ópera no fuera el mayor, pero sí uno de los grandes sistemas de integración cultural que produjo la Europa moderna.

Ésa es la perspectiva desde la que están escritas las páginas que siguen. Este libro propone una biografía de la ópera que es, al mismo tiempo, la crónica de la transformación de la civilización europea entre 1600 y 1926. Su nacimiento coincide con el surgimiento de una nueva cultura cortesana; su crecimiento acompaña la consolidación de los Estados modernos; su madurez emocional se identifica con el siglo XIX, cuando se convierte en el gran espectáculo de la sociedad burguesa; y su agotamiento coincide con el momento en que Europa encuentra otros medios para representarse a sí misma.

El recorrido se estructura en cuatro capítulos que corresponden a otras tantas etapas de ese ciclo vital. El primero, dedicado al periodo comprendido entre 1600 y 1650, estudia el nacimiento de la ópera y su paso desde el experimento humanista y cortesano hasta el espectáculo público. El segundo, que abarca de 1650 a 1800, analiza su crecimiento y su consolidación como un sistema internacional dotado de formas, convenciones e instituciones estables. El tercero recorre el periodo comprendido entre 1800 y

1890, cuando el género alcanza su madurez emocional, se convierte en el gran espectáculo de la sociedad burguesa y participa en la construcción de las identidades nacionales. El cuarto, centrado en los años 1890-1926, aborda la culminación de la gran tradición y el momento en que la ópera comienza a perder la centralidad cultural que había mantenido durante más de tres siglos.

Cada capítulo procura responder sucesivamente a cuatro interrogantes complementarios: qué ocurre en el periodo estudiado; por qué ocurre lo que ocurre, atendiendo a las condiciones históricas, políticas, sociales y económicas que impulsan sus transformaciones; qué aporta esa etapa a la evolución general del género; y cómo debemos entender ese periodo en particular desde el presente, es decir, qué significado adquiere dentro de la biografía completa de la ópera y qué nos revela sobre la sociedad que la produjo.

El análisis de estas cuestiones se desarrolla en los cuatro primeros apartados de cada capítulo. A ellos se suma la recuperación de documentos históricos que permiten escuchar las voces de quienes participaron de algún modo en esta historia, así como una selección razonada de obras y fragmentos significativos. No se pretende ofrecer un catálogo exhaustivo ni mucho menos un *hit parade*, sino una guía de audición que permita reconocer en la música las transformaciones analizadas en las páginas anteriores.

Contar la historia de la ópera es, en consecuencia, contar una parte esencial de la historia de Europa. Y quizá sólo ahora, cuando ha dejado de ocupar el centro de la vida cultural del continente, estamos en condiciones de comprender plenamente la extraordinaria dimensión histórica de aquella institución que, durante más de tres siglos, enseñó a Europa a cantar sus pasiones y sus conflictos.